



Intersticios Sociales

E-ISSN: 2007-4964

intersticios.sociales@coljal.edu.mx

El Colegio de Jalisco

México

Santamaría Gómez, Arturo

La emigración, los medios de comunicación y la cultura del espectáculo en las transformaciones del Estado y la identidad nacional en México

Intersticios Sociales, núm. 1, marzo-agosto, 2011, pp. 1-25

El Colegio de Jalisco

Zapopan, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=421739489007>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en [redalyc.org](http://redalyc.org)

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal  
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

## Resumen del artículo

# La emigración, los medios de comunicación y la cultura del espectáculo en las transformaciones del Estado y la identidad nacional en México

Arturo Santamaría Gómez

En sociedades como la mexicana, se han seguido medios específicos para construir sus Estados nacionales. La presencia de pueblos indígenas y las migraciones masivas han exigido formas de convivencia territorial, política, social y cultural que no coinciden con las experiencias europeas.

El Estado mexicano excluía a los emigrantes hasta 1996, año de la Ley de la irrenunciabilidad de la nacionalidad mexicana. Paradójicamente, el modelo económico neoliberal que prometía eliminar las causas de la migración provocó más que nunca un flujo masivo de ciudadanos mexicanos a Estados Unidos. Asimismo, la revolución tecnológica que ha acompañado a la globalización neoliberal, mediante Internet y la comunicación instantánea sobre todo, ha provocado la formación de la nación transterritorial. En estas circunstancias, el Estado ha reducido su ámbito de influencia en la sociedad y ha cedido terreno a otras esferas de influencia ideológica, cultural y cívica como son los medios masivos de comunicación.

## Abstract

Mexican society has followed specific ways to build its National State. The presence of indigenous people and the massive migration have demanded different kinds of territorial, political, cultural and social ways of life, different from European ones.

Mexican State excluded the emigrants until 1996, when the Law of the Mexican Nationality was enacted. Paradoxically, the neoliberal economic model, compromised with the elimination of the causes of migration at first, more than ever caused a massive and continuous flux of Mexican people to the United States. Also, the technological revolution next to the neo-

## Palabras clave:

México, Estado, nación,  
migrantes, identidad,  
transterritorialidad, medios de  
comunicación, deporte.

## Key words:

Mexico, State, nation,  
migrants, identity,  
transterritorial, mass media,  
sports.

liberal globalization, through the Internet and instant messages, has caused Mexican State excluded the emigrants until 1996, when the Law of the Mexican Nationality was enacted. Paradoxically, the neoliberal economic model, compromised with the elimination of the causes of migration at first, more than ever caused a massive and continuous flux of Mexican people to the United States. Also, the technological revolution next to the neoliberal globalization, through the Internet and instant messages, has caused the trans-territorial Mexican Nation. Under these circumstances, Mexican Sate has reduced his influence on the society and it has moved on to different spheres of ideological, cultural and civic influences, as the electronic mass media.

## La emigración, los medios de comunicación y la cultura del espectáculo en las transformaciones del Estado y la identidad nacional en México

I

El Estado ha sido, en las naciones centrales y en las subdesarrolladas, el principal articulador y propagador del nacionalismo. Y no podía ser de otra manera porque la nación, al igual que el Estado y el nacionalismo, son categorías modernas, según interpretan teóricos tan diversos en sus perspectivas ideológicas como Deutsch, Lerner, Kedourie, Gellner, Kautsky, Tilly y Tom Nairn, como nos recuerda Antony D. Smith.<sup>1</sup>

Para Smith, “el nacionalismo y (las) naciones (son) componentes intrínsecos de un mundo moderno, capitalista, industrial y burocrático”,<sup>2</sup> “la nación puede ser una formación social moderna, pero está en cierto sentido basada en culturas, identidades y herencias preexistentes”.<sup>3</sup> Hobson concuerda con esa concepción moderna del Estado nacional:

No son las naciones las que hacen a los Estados y los nacionalismos, sino al contrario; la nación es un fenómeno muy reciente en la historia de la humanidad [...] pertenece exclusivamente a un periodo determinado e históricamente reciente. Es una entidad social sólo en la medida en que se relaciona con cierto tipo de Estado territorial moderno, la “Nación Estado”, y no tiene sentido hablar de la nación y de la nacionalidad si no es en tanto en cuanto ambas están relacionadas con esta última [...] La

1 Anthony D. Smith. *National Identity*. Reno: University Of Nevada Press, 1991, p. 191.

2 Ibid., p. 185.

3 Ibid., p. 199.

4 Citado en Adrian Hastings. *La construcción de las nacionalidades*. Madrid: Cambridge University Press, 2000, p. 22.

5 Hastings, op. cit.

6 Tim Edensor. *National Identity, Popular Culture and Everyday Life*. Nueva York: Berg, 2002.

7 Smith, op. cit.

8 T. K. Oommen. *Citizenship, Nationality and Ethnicity*. Cambridge: Polity Press, 1997, p. 4.

9 Partha Chatterjee. *La nación en tiempo heterogéneo*. Buenos Aires: Siglo xxi, 2008, p. 15

característica básica de la nación moderna y de todo lo relacionada con ella es su modernidad.<sup>4</sup>

En el pensamiento europeo predomina, con excepciones como la de Daniel Hastings<sup>5</sup> o Tim Edensor,<sup>6</sup> la interpretación de que la nación, y más particularmente el Estado nacional, es una construcción moderna. Tanto en la escuela inglesa, con Smith,<sup>7</sup> Hobsbawm y Anderson, como en la francesa, con Renan, Baechler, Guerra, Raynaud y Guéhnno, para señalar tan sólo dos tradiciones académicas, la nación es vista como una construcción histórica moderna o burguesa, como la define Karl Marx desde otra visión teórica.

Por fuera del pensamiento occidental y en la era global, Oommen solicita ver de manera diferente a la nación: "el concepto de Estado-nación ya es inadecuado, incluso inapropiado para describir la multitud de entidades que estamos enfrentando".<sup>8</sup> Partha Chatterjee, hindú al igual que Oommen, señala que la nación es, en efecto, una idea moderna y europea, pero tiene, sobre todo en los tiempos de la globalización, un valor anticolonial:

Si los nacionalismos en el resto del mundo tenían que escoger su "comunidad imaginada" a partir de ciertos formatos modulares que Europa y América les proporcionaban, entonces ¿qué le dejaba a su imaginación? Parece que la historia ya hubiese decretado que nosotros, en el mundo postcolonial, deberíamos ser solamente unos consumidores perpetuos de la modernidad. Europa y América, los únicos sujetos verdaderos de la historia, habrían elaborado ya, en nuestro nombre, no sólo el guión de la Ilustración y la explotación colonial, sino también el de nuestra resistencia colonial. Y también el de nuestra miseria poscolonial. Incluso nuestras imaginaciones deben permanecer colonizadas para siempre [...] Los más poderosos así como los más creativos resultados de la imaginación nacionalista en Asia y África, radican no solamente en una identidad diferente, sino más bien en una diferencia respecto a los formatos modulares conformados en sociedades nacionales propagados por el Occidente moderno.<sup>9</sup>

En efecto, como lo reclama Chatterjee, en numerosas sociedades, como la mexicana, la nación y el Estado no necesariamente han seguido paso a paso las vías que los europeos marcaron para construir sus estados nacionales. Coppelo y Rosow,<sup>10</sup> desde Estados Unidos, concuerdan con él cuando sostienen que “el Estado soberano como forma política de dominación jerárquica se constituyó reflexivamente en el contexto de culturas locales, luchas de poder entre elites contendientes, la experiencia colonial y relaciones raciales producidas por el encuentro de pueblos europeos y no europeos”, por lo mismo los Estados no europeos, sostienen Coppelo y Rosow, no pueden ser entendidos en “términos de un supuesto proceso universal de modernización exemplificado por los originales Estados europeos”. En realidad, los Estados nacionales en regiones como la latinoamericana han seguido vías específicas en su conformación. La presencia en la mayoría de ellos, de pueblos indígenas o de inmigraciones y emigraciones masivas les ha exigido formas de convivencia territorial, política, social y cultural que no encuadran exactamente con las experiencias europeas.

En el caso específico de México, la emigración de millones de sus ciudadanos a Estados Unidos a partir de 1849 le ha dado características muy específicas a la conformación del Estado nacional.

Los académicos e intelectuales al sur de la frontera y el Estado mexicano en sus diferentes etapas históricas, olvidaron prácticamente por completo la existencia de las comunidades mexicanas que permanecieron en los que fueron sus territorios hasta 1848. Ha sido en los años recientes, a partir de que se promulgó la Ley de la Irrenunciabilidad a la Nacionalidad Mexicana, conocida popularmente como la “Ley de la Doble Nacionalidad”, aprobada en 1996 y puesta en vigor en 1998, y la Ley del Voto en el Extranjero, aprobada inicialmente en 1996 pero puesta en aplicación hasta 2004, cuando finalmente el Estado aceptó que la ciudadanía mexicana se extendía más allá de sus fronteras y, por lo tanto, también lo hacía la nación.

De 1848 a 2006, por más de siglo y medio, el Estado mexicano bajo sus diferentes formas, es decir, el incipiente Estado independiente (1821-1855), el Estado liberal oligárquico (en sus dos etapas: la juarista, 1855-

10 Walter C. Copello y Stephen J. Rosow. *The Nation State and Global Order*. Boulder: Lynne Rienner, 1999, p. 225.

1972, y la porfirista, 1873-1910), el Estado postdictatorial en transición (1921-1929), el Estado corporativo-presidencialista (1929-1982) y el Estado corporativista-presidencialista-neoliberal (1982-2000), tuvieron una definición oscilante sobre el estatus nacional de los inmigrantes mexicanos radicados en Estados Unidos y, por consiguiente, en su concepción misma de la nacionalidad mexicana, que constitucionalmente se modificó una y otra vez.

A lo largo de estas etapas, el Estado mexicano tuvo al territorio como concepto central en la definición constitucional de la nación, la ciudadanía y la soberanía. A todo aquel individuo que viviera en Estados Unidos, temporal o definitivamente, sin importar que hubiese nacido en México o bien en Estados Unidos de padres mexicanos, le eran archivados sus derechos ciudadanos básicos para cuando regresara a su territorio de origen. Millones de mexicanos, al no residir en el territorio jurídicamente reconocido como propio, fueron ignorados en lo fundamental como integrantes de la nación. Con la excepción del periodo 1921-1938, cuando el Estado mexicano protegió y organizó cultural y legalmente, a los inmigrantes al norte de la frontera, no lo hizo más hasta casi cuatro décadas después.

Después de 1848, tras la pérdida de la mitad del territorio a manos de Estados Unidos, los dirigentes del Estado mexicano concluyeron que la mejor defensa del territorio que quedaba era delimitar defensiva y autárquicamente a la nación y, por lo tanto, evitaron cualquier conflicto con Estados Unidos. Es decir, el cercenamiento traumático del territorio provocó que el débil Estado mexicano abandonara a su suerte a los nacionales que permanecieron o emigraron al norte del río Bravo. El Estado, siendo fiel a su concepción de que sólo defendía a sus ciudadanos que estaban del lado jurídicamente propio, promovió el retorno de connacionales a México en diferentes momentos del siglo XIX y hasta 1938, aunque a nadie concedió el derecho de incidir en los asuntos nacionales desde territorio estadounidense, argumentando que habitaban en un lugar ajeno, hostil y expansionista que podía influir negativamente en ellos y ponerlos contra su nación de origen.

Paradójicamente, los gobernantes mexicanos sí alentaron y organizaron el involucramiento de los emigrantes en la guerra contra la intervención francesa y durante la revolución mexicana.<sup>11</sup> La expulsión masiva de Estados Unidos de mexicanos y mexicoamericanos en 1938, llamada “La Repatriación”, terminó con las varias décadas de relativo activismo organizativo del Estado mexicano hacia sus migrantes.

El Estado mexicano zigzagueó en la segunda mitad del siglo xix y gran parte del xx, entre el criterio de derecho de territorio (*jus soli*) y el de derecho de sangre (*jus sanguinis*) para definir su relación nacional con los hijos nacidos en Estados Unidos de ciudadanos mexicanos y con estos mismos. Cuando los necesitó política o militarmente, los midió con la vara del *jus sanguinis*, es decir, por su herencia familiar e histórica, y no por su lugar de residencia, que era Estados Unidos. Cuando los vio como emigrantes que dejaban la patria y se convertían en meros remitentes de dólares para la economía nacional, les aplicó el rasero del *jus soli*, y sólo los reconocía como ciudadanos cuando estaban en el territorio nacional.

La concepción liberal moderna, de origen europeo, de que las fronteras territoriales establecían los límites de la nacionalidad, llevó al Estado mexicano, y también a la mayor parte de la ciudadanía mexicana, a excluir de su definición de lo nacional mexicano a los paisanos que emigraban al norte del río Bravo. Así, el Estado mexicano excluía de la soberanía a sus emigrantes dado que dejaban el territorio, pero ellos y sus hijos nacidos en Estados Unidos se seguían sintiendo parte de la nación. Por décadas, el Estado limitó la existencia de la nación al territorio propio, es decir, el Estado se apropió de la soberanía, excluyendo de ella a los ciudadanos mexicanos en Estados Unidos.

Si en la historia de los dos últimos siglos ha habido ejemplos donde el Estado es más grande que la nación que lo creó (el grupo étnico o la nacionalidad dominante crean al Estado, esa nacionalidad se identifica mayormente con él, y sus integrantes constituyen la mayor parte de las élites y son la fuente principal de la cultura dominante), como han sido los

11 Arturo Santamaría. Mexicanos en Estados Unidos: la nación, la política y el voto sin fronteras. Culiacán: Universidad Autónoma de Sinaloa, 2001, pp. 40-61 y 107-145.

Estados soviético, yugoslavo, canadiense, francés o español, para señalar algunos ejemplos en el caso mexicano la nación ha sido más grande que el Estado. Dicho en otros términos, la nación, a través de sus emigrantes, ha existido más allá de los confines territoriales jurídicamente reconocidos por Estados Unidos y por el Estado mexicano.

En la tradición liberal occidental, la ciudadanía sólo se concedía a aquellos individuos que demostraran su sometimiento a la jurisdicción del Estado y su pertenencia a éste a través de residencia en el territorio propio. En esta línea de pensamiento, los criterios territoriales y jurídicos, es decir, lugar de residencia, acta de nacimiento, cédula de identificación o credencial electoral, y pasaporte, definían la nacionalidad entendida como ciudadanía, a pesar de que en varias partes del mundo tales definiciones no coincidían.

En los hechos, más que jurídicamente, el Estado mexicano sostuvo una relación cambiante con los emigrantes que se han dirigido al norte de la línea fronteriza. No obstante, en la era de la globalización neoliberal, algunos Estados, incluyendo el mexicano, han iniciado un proceso de redefinición de sus concepciones liberales clásicas.

La idea de que el *jus soli*, por nacimiento o residencia, fuera el factor determinante para aceptar o conceder la nacionalidad, fue modificada por el Estado mexicano a finales del siglo xx. A partir de 1998, éste ha aceptado jurídicamente la condición binacional de millones de mexicanos, fuera o dentro de sus fronteras.

La tradición occidental ha conocido casos de una sola ciudadanía con dobles o varias nacionalidades. Los checoslovacos, entre 1919 y 1938, concedían esa ciudadanía y aceptaban que varias nacionalidades, como magiares, polacos, judíos, eslovacos, checos y germanos del sur, formaban parte de su Estado. Lo mismo puede decirse de Suiza y España contemporáneas. Lo novedoso en la segunda mitad del siglo xx fue la legislación que permitió el acceso a las urnas electorales de sus ciudadanos que habitaban en otros territorios nacionales, a la que se adscribieron cada vez más Estados.

En la tradición del sur y este del Mediterráneo, como la turca, dice Uri Ra'anan,<sup>12</sup> la nacionalidad se reconoce en la herencia del individuo y en la identidad personal, más que por lugar de residencia o documentación legal, como generalmente se ha establecido en la tradición occidental.

El Estado mexicano, si bien en el pasado adoptó el criterio de la tradición occidental, a partir de 1998 se acercó a la vertiente de la que habla Uri, cuando definió que eran mexicanos nacionales todos aquellos que fueran de herencia mexicana hasta la segunda generación, sin importar que su primera lengua no fuera el español o no residieran en México.

Los mexicanos que han partido a Estados Unidos desde hace más de 160 años, lo han hecho tanto por razones laborales como por motivos políticos (exilio, y búsqueda de solidaridad y alianzas), sociales (reunificación familiar, matrimonio, atención médica o estudios), económicos (búsqueda de mercados o inversiones), o estrictamente culturales (tradición migratoria o búsqueda de una realidad diferente). Este complejo entramado de factores que han motivado la emigración mexicana a Estados Unidos a lo largo de más de siglo y medio, creó la peculiaridad de una nación transterritorial y un Estado que se vio obligado a reconocer la binacionalidad, de facto y de jure, de millones de sus ciudadanos, unos con documentos y otros sin documentos.

Pasaron varias décadas para que los descendientes de mexicanos radicados en Estados Unidos vieran un acercamiento de los gobiernos mexicanos hacia ellos. De igual manera, los mexicanos que emigraron a ese país tuvieron que esperar varios lustros para que el Estado iniciara hacia ellos una política sostenida a través de varios sexenios. Con el gobierno de Luis Echeverría (1970-1976) se logró un nuevo acercamiento hacia grupos chicanos y de inmigrantes mexicanos.<sup>13</sup> De ahí en adelante, con todo y cierto retroceso durante el sexenio del presidente Miguel de la Madrid (1982-1988), los diferentes gobiernos mexicanos, de Carlos Salinas de Gortari a Felipe Calderón, sostuvieron una política de Estado hacia los mexicanos que emigraron a Estados Unidos y hacia los mexicoamericanos, con diferencias sexenales. Ya había desde 1996 bases constitucionales para esta relación.

12 Uri Ra'anan. *State and Nation in Multi-ethnic Societies*. Nueva York: Manchester University Press, 1991, p. 76.

13 Santamaría, op. cit., pp. 73-110.

14 Arturo Santamaría. *Emigrantes mexicanos: movimientos y elecciones transterritoriales*. Culiacán: Universidad Autónoma de Sinaloa, 2007, p. 114.

15 Rita Laura Segato. *La Nación y sus Otros*. Buenos Aires: Prometeo, 2007, pp. 85-87.

16 Ibid., p. 86.

17 Ibid., p. 89.

Aunque la primera participación electoral en el extranjero en 2004 no fue significativa en relación con los millones de millones de ciudadanos mexicanos que residen al norte del río Bravo,<sup>14</sup> se confirmó con ese ejercicio político que el Estado reconocía constitucionalmente que la nación existía más allá de su territorio y aceptaba, en los hechos, que el factor constitutivo central de ella era la población. De esa manera, la concepción liberal moderna tradicional, donde el territorio establecía los límites de la nación, era superada por una concepción que adoptaba la movilización de su población como el criterio principal.

Rita Laura Segato,<sup>15</sup> al analizar el papel de la raza, la etnicidad y la diversidad religiosa para interpretar las políticas de identidad en las experiencias brasileña, argentina y estadounidense, coincide con la idea anterior: “El sentimiento de patria que se aliaba a una territorialidad fija, a una fijación en un territorio administrado por un estado, se ha deteriorado”.<sup>16</sup> Para esta antropóloga brasileña, hay una nueva territorialidad en cuanto que los pueblos

en su movilidad, ya no encuentran en el paisaje tradicional los íconos marcadores de su identidad. Esa relación se invierte, y son los íconos que ellos transportan los que van a emblematizar al sujeto colectivo que allí se encuentra, y el paisaje humano, móvil y en expansión, el que va a demarcar la existencia de un territorio. La identidad no es generada porque se comparte un territorio común sino que es la identidad, la que genera, instaura, el territorio. Estamos, por lo tanto, frente a una cultura territorial modificada, que trae ecos de modalidades precedentes y reconocibles, pero donde ha sucedido una inversión: lo que era marginal en la relación identidad-territorio –el hecho, ya conocido, de que la población de un territorio marca con su cultura y entrelaza su paisaje con el paisaje cultural–, se convirtió en central: es el paisaje cultural, la iconicidad que señala la existencia de un pueblo, la que crea territorio.<sup>17</sup>

Las naciones con una masiva, constante e histórica migración, como es el caso de la mexicana, actúan en más de un Estado nacional “negociando

su status de existencia dentro de su jurisdicción y presionando para su reconocimiento”.<sup>18</sup>

18 Ibid., p. 87.

Con las leyes de Irrenunciabilidad a la nacionalidad y de Voto en el extranjero, en México se reconocía que la emigración es una condición estructural de la nación, que históricamente la emigración transfronteriza ha sido uno de sus elementos constitutivos y que, por lo mismo, la gente y su herencia cultural son los factores que vertebran a la nación.

Fue necesario que madurara plenamente la globalización neoliberal para que el Estado reconociera la condición tranterritorial de la nación mexicana. En esta etapa histórica las viejas nociones sobre las identidades, ligadas a un territorio o pertenecientes a una sola cultura, están siendo rebasadas por redes sociales cada vez mayores y esparcidas por todas partes. “Las identificaciones grupales e individuales –sostiene Edensor– se están extendiendo y proliferando en diferentes localidades a través de redes informáticas, políticas y diáspóricas. De esta manera, la identidad está nacionalmente desterritorializada, pero local y globalmente, incluso virtualmente, reterritorializada”.<sup>19</sup> Es decir, lo nacional y lo global no son necesariamente excluyentes, sino procesos enlazados en formas complejas e inextricables.

Un ejemplo notable de lo que apunta Edensor se observa en las comunidades virtuales que han construido los migrantes mexicanos en Estados Unidos al iniciar el nuevo siglo.

A lo largo de muchas décadas, las cartas, la fotografía y después el teléfono y los videos, fueron los principales medios de comunicación personalizados entre los emigrantes, sus familias y amigos. La televisión, la radio y los diarios en español, como medios impersonales, han contribuido a que permanezca la identidad cultural con su país de origen y se cohesione la identidad latina o hispana hacia el interior de Estados Unidos. Pero los medios de comunicación de masas que dominaron a lo largo del siglo xx no podían, salvo en ocasiones muy aisladas, casi accidentales, hablar de la pequeña comunidad del inmigrante y atender necesidades psicosociales íntimas de los individuos.

En las páginas de Internet, la comunicación y las imágenes de las comunidades de inmigrantes son las que prevalecen por encima de la comunicación y la imagen nacionales. A partir de la generalización en el uso de la red en las comunidades inmigrantes en Estados Unidos se han venido articulando las relaciones, vivencias y conocimiento de la vida comunitaria de origen, con las de los planos hispanoestadounidense y transnacional. Es así que, paradójicamente, la más moderna tecnología de la comunicación permite que las comunidades de migrantes más tradicionales, por lo general de origen rural, preserven gran parte de su identidad local, que antes del Internet tenía a difuminarse, y ahora se articulen a otros niveles de identidad. Con la Internet, tanto la identidad local como la regional y nacional, de los migrantes se refuerza a la vez que se desterritorializa y cambia. La identidad se hace más fluida al superar su fijeza a un territorio. En el caso de la identidad mexicana, ésta no se globaliza pero sí fluye y se transforma entre diferentes territorios nacionales, particularmente entre México y Estados Unidos. Dice Edensor:

la proliferación de identidades diáspóricas genera formas alternativas y tentaculares de organización espacial que están constituidas por estos flujos [...] la identidad nacional se puede reconstituir en la diáspora, puede forjar nuevas construcciones culturales diferenciadas más allá de la confrontación de la otredad. Pero todavía, a nivel práctico e imaginario, las geografías nacionales predominan sobre otras formas de identidad espacial.<sup>20</sup>

20 Ibid., p. 39.

## II

De forma paradójica, el modelo económico neoliberal que se empezó a conformar con algunas reformas que impulsó el presidente Miguel de la Madrid, y tomó plena forma con el gobierno de Carlos Salinas de Gortari y la firma del Tratado de Libre Comercio en 1991, que prometía eliminar las causas de la emigración, desató un flujo masivo y continuo de mexica-

nos al norte de la frontera, que hizo más visible que nunca su presencia en Estados Unidos y su importancia para México.

De igual manera, la revolución tecnológica que ha acompañado a la globalización neoliberal ha sido otro de los vehículos que, a través de la virtualidad y los flujos de comunicación permanentes e instantáneos, ha otorgado las sustancias imprescindibles para la visibilidad y la funcionalidad de la nación transterritorial.

En estas circunstancias, el Estado ha visto reducido su ámbito de influencia y peso en la sociedad, y cedido terreno a otras esferas de influencia ideológica, cultural y cívica, como son los medios masivos de comunicación.

Hay Estados que conservan un poderío político, simbólico y cívico semejante a la época del Estado de Bienestar, como sucede en Estados Unidos y Canadá, a pesar de los cambios estructurales que generó el modelo económico neoliberal. En otros, el cambio de la estructura económica disminuyó la sólida presencia estatal que caracterizaba al periodo anterior.

Dice Claude Dubar para el caso de Francia:

durante los noventa (del siglo xx), los referentes anteriores de la acción política –la Clase, la Revolución, la nación– comenzaron a ser cada vez más problemáticos. Tanto más, dado que la lógica económica, financiera y capitalista pareció invadir todo, incluyendo ámbitos enteros de la acción del estado, deseoso de garantizar a las empresas francesas una posición competitiva en el mercado mundial. Sí, como pretenden algunos, "lo político", es decir, el Estado llegaba a ser impotente frente al desbordamiento de "los mercados" y especialmente del capital financiero y su lógica de rentabilidad a corto plazo ¿qué significación tenía entonces la ciudadanía?<sup>21</sup>

En México, aun antes de que se iniciara la implantación del neoliberalismo, el Estado empezó a perder la representatividad cultural y cívica que tuvo en la época posrevolucionaria, debido al desgaste político que em-

21 Claude Dubar. *La crisis de las identidades*. Barcelona: Bellaterra, 2002, p. 180.

pezó a sufrir como consecuencia de los métodos brutales que utilizó para enfrentar al movimiento estudiantil de 1968.

1968 fue un año axial –dice Enrique Florescano–. Inauguró con voz alta la crítica del Estado centralista y del gobierno autocrático priista, hizo pública la ideología antiliberal y despótica del régimen, y puso en marcha un movimiento democrático que acabó por desmantelar una tras otra las antiguas bases que legitimaban el maridaje entre el partido oficial y el gobierno. Esta oleada democrática adquirió tal ímpetu que desde entonces el partido no pudo recobrar la iniciativa en la conducción republicana del país y fracasó en levantar la bandera del “nacionalismo revolucionario” o de la identidad y la unidad nacionales.<sup>22</sup>

22 Enrique Florescano. *Imágenes de la patria*. México: Taurus, 2005, p. 429.

Ese proceso se profundizó al imponerse el modelo económico-social neoliberal en México a finales del siglo xx y principios del xxi. Desde la Secretaría de Programación y Presupuesto, a cuyo mando estaba Carlos Salinas de Gortari, se dio a conocer el Plan Nacional de Desarrollo (PND), que planteaba ante la ineeficiencia del ahorro interno, la falta de competitividad del mercado externo y el desequilibrio entre agricultura, industria y comercio, un nuevo modelo de desarrollo: apertura comercial unilateral y reducción de la participación del Estado en la economía. El PND inició en 1983, con la presidencia de Miguel de la Madrid, con la privatización de 1 115 empresas estatales; para 1993, ya con Salinas en la presidencia, sólo quedaban 213.<sup>23</sup> Para lograr la firma del Tratado de Libre Comercio en noviembre de 1993, el gobierno mexicano modificó las leyes de protección industrial, de patentes y marcas, y de inversiones extranjeras, así como el artículo 27 constitucional.

El Estado, al sufrir una grave erosión política, abrirse al exterior y achicarse económicamente, cediendo al capital privado esferas de inversión, perdió mucha fuerza en la representación simbólica del pueblo mexicano. Además, la impartición de una educación nacionalista ya no iba acorde con el nuevo modelo económico. Durante el sexenio de Carlos Salinas se

23 José Agustín. *Tragicomedia mexicana* 3. México: Planeta, 1998, p. 192.

tomó la decisión de reescribir la historia oficial de corte nacionalista para proponer otra que presumía de “objetiva” o “verdadera”. Un grupo de intelectuales y académicos encabezados por Héctor Aguilar Camín, historiador, novelista y analista político estrechamente vinculado al presidente Salinas, definió las líneas generales de la revisión que se haría de la historia patria mexicana:

Los historiadores, los educadores, los políticos, los mexicanos en general que quieren una vida transparente y verdadera, tienen que mirar con desasosiego ese inquietante proceso mediante el cual algunas de nuestras creencias colectivas fundamentales tiene por origen comprobables falsedades históricas. Mentiras fundadoras rigen algunas de las certezas más íntimas de nuestra conciencia colectiva. La aparición de la Virgen de Guadalupe es una de ella, pero hay otras. Por ejemplo, la idea de que es con Cuauhtémoc con su resistencia histórica quien representa, mejor que Cortés, con su conquista predatoria, el espíritu de la mexicanidad, y que la raíz española es una raíz intrusa y opresiva, en vez de una raíz fértil y pródiga de nuestra conciencia nacional. Otro ejemplo: la idea de que debemos la independencia del país a la violencia rasgadora de Hidalgo y Morelos, más que a la conciliación pragmática de Iturbide. Otro más: la idea de que los jefes perdedores, Zapata, Villa, representan mejor que los jefes triunfadores –Carranza, Obregón o Calles– el verdadero espíritu de la Revolución Mexicana. Y nuestra patética colección de héroes derrotados. Y nuestra bisutería de pípilas inexistentes y dudosos niños héroes. Mentiras fundadoras. ¿Estamos condenados a vivir con ellas, a no poder disipar los fantasmas que nosotros mismos hemos disipado?<sup>24</sup>

A pesar de que la propuesta revisionista de Aguilar Camín y otros intelectuales no logró modificar la historia patria que había fomentado la Secretaría de Educación Pública desde que surgió bajo la batuta de José Vasconcelos, lo que sí logró prácticamente desaparecerla, en los hechos mas no en los textos, fue la pésima calidad de la educación mexicana, extraviada

24 Héctor Aguilar Camín.  
“Mentiras fundadoras”. Proceso.  
México, núm. 1023, 10 de  
junio de 1996.

25 Florence Toussaint. *Televisión sin fronteras*. México: Siglo XXI, 1998, p. 91.

26 Ibid., p. 110.

27 Ibid., p. 109.

y debilitada a partir de la década de los años ochenta. Esta crisis educativa coincidía con la consolidación de un modelo televisivo para “la diversión” y el fomento del consumismo, que ya marcaba las pautas del comportamiento cultural dominante entre los mexicanos.

En este contexto, las nuevas generaciones de mexicanos se empezaron a distanciar del Estado: éste dejaba de ser atractivo debido a su profundo desgaste político, pero también porque sus nuevos conductores delegaron en los medios de comunicación privados, la transmisión y la creación de los nuevos símbolos nacionales creados por el espectáculo.

Una de las decisiones más importantes para trasladar a las empresas privadas el poder de construir los referentes nacionales en esta nueva etapa, fue la venta, en 1993, de Imevisión, la empresa televisora gubernamental de la que nació tv Azteca. Imevisión contaba con dos canales en VHF, el 7 y el 13, y uno en UHF, el 22. Este último finalmente no se vendió y siguió siendo de propiedad pública.<sup>25</sup> Un año después, el gobierno de Carlos Salinas de Gortari, para confirmar su fe en el papel de la empresa privada en la nueva etapa histórica que estaba experimentando el país, y a la vez reforzar su alianza con Televisa, le concedió a este monopolio otros 62 canales de televisión que hicieron posible que el canal 9 se transformara en otra red nacional abarcando 28 estados del país.<sup>26</sup>

Televisa, antes Televicentro, desde sus mismos orígenes mantuvo una estrecha relación con el Estado mexicano, al grado de que durante varias décadas fungía en los hechos como su aparato informativo y propagandístico. “Televisa –dice Florence Toussaint– fue un factor indispensable para consolidar al Estado y consecuentemente se volvió parte sustantiva de éste”.<sup>27</sup>

Se entiende así –continúa diciendo Toussaint– que a pesar de la implantación de los principios del neoliberalismo también en la esfera cultural durante el sexenio de Carlos Salinas de Gortari y consecuentemente de la venta de Imevisión a un grupo privado, con lo cual aparecería Televisión Azteca, destinada a hacerle competencia a Televisa, las excelentes relaciones entre la empresa televisiva y el Estado se mantuvieron, estrechán-

dose más al término del mandato presidencial y sobre todo durante el periodo de la campaña electoral (de Ernesto Zedillo).<sup>28</sup>

28 Ibid., p. 108.

A Emilio Azcárraga Milmo, relevo de su padre Azcárraga Vidaurreta en la conducción de esta empresa televisiva y en la relación con el poder político en México, le correspondió la etapa en que el Estado dio un giro histórico para promover el neoliberalismo e inscribirse plenamente en una nueva etapa de la globalización. Con ese cambio, la relación entre la empresa y el Estado empezó a cambiar. El presidente de la república, eje del sistema político, perdió peso en la toma de decisiones por el crecimiento de los grupos empresariales y también vio disminuida su presencia simbólica entre las clases medias, altas y proletarias. Los presidentes ya eran objeto de crítica e incluso escarnio en manifestaciones públicas y en algunos medios de comunicación escritos. Empresarios como Azcárraga Milmo ya “tuteaba” a los presidentes y los trataba de igual a igual. En este contexto, la observación de los biógrafos “no autorizados” del dueño de Televisa, los periodistas Claudia Fernández y Andrew Paxman, cobra certeza:

Aunque no hay duda de que era un hombre del sistema, Azcárraga nunca le hizo la corte a los funcionarios. Hablaba con los presidentes de tú a tú y sus asuntos los trataba con la primera línea del gabinete, no con ceremonia ni con reverencia, sino como si estuviera cerrando un negocio más con algún socio o cliente. Y en cierta medida así era: Televisa servía al sistema y el sistema servía a Televisa.<sup>29</sup>

En el escenario mexicano del nuevo siglo, la dinámica de la identidad nacional, lo que se considera la cultura propia y lo que se entiende y acepta como intereses nacionales, se mantiene y reproduce pero con una influencia reducida de las instituciones públicas. La desaparición de la enseñanza cívica en los nuevos programas de estudio de la educación básica aunada con la pobre enseñanza de la historia nacional en esos mismos programas, ha provocado una recodificación de la cultura e identidad nacionales, don-

29 Claudia Fernández y Andrew Paxman. *El Tigre: Emilio Azcárraga y su imperio Televisa*. México: Grijalbo, 2000, pp. 31-32.

de el discurso y la simbología que propaga el Estado quedan relegadas a un segundo término en favor de los discursos y los símbolos que difunden los medios masivos de comunicación, entre los que destacan la televisión, la radio, las revistas “del corazón” e Internet.

En el México neoliberal, los medios de comunicación de propiedad privada son los principales constructores de rutinas, hábitos, costumbres, cultura y espectáculo de lo mundano para las masas. Lo mundano, no sería tan sólo lo que transmiten los medios masivos sino también los hábitos de consumo material. Y dentro del mundo de mercancías consumidas cotidianamente hay varias que se consideran representativas de la identidad nacional, “comprarlas y usarlas puede constituirse en un deber patriótico”.<sup>30</sup>

En el México contemporáneo ya no son las acciones del Estado, no es la historia patria, la de los héroes y las grandes gestas ni tampoco la celebración de los símbolos patrios en las ceremonias escolares y oficiales, la que ejerce mayor influencia en la creación de identidad nacional, sino la cultura del consumo sumada al espectáculo mundano que transmiten los medios electrónicos de comunicación a través de deportes, series musicales, reality shows, telenovelas y mercancías materiales. El Estado ha sido substituido por el mercado. Azcárraga Milmo, con realismo cínico, tenía muy claro que su tarea era vender entretenimiento:

Méjico es un país de una clase modesta muy jodida, que no va a salir de jodida. Para la televisión es una obligación llevar diversión a esa gente y sacarla de su triste realidad y de su futuro difícil. La clase media, la media baja, la media alta. Los ricos como yo, no somos clientes, porque los ricos no compramos ni madre [...] Lo que vale es cuando uno se enfrenta a un auditorio de millones de personas y éstas deciden sintonizar algo que, además, es alegría, les ofrece un entretenimiento sano, y que les brinda satisfacción interna. Eso es la televisión.<sup>31</sup>

En 1994, el último del sexenio del presidente Salinas y el año de la insurrección zapatista que puso contra la pared la tesis de que la población

30 Edensor, op. cit., p. 111.

31 Salvador Corro. “Azcárraga a pantalla: dice que como rico también llora, y se erige paladín de los jodidos”. Proceso. México, núm. 850, 15 de febrero de 1993.

indígena del país se adscribía incondicionalmente a las políticas del gobierno priista, Televisa reveló que sus redes alcanzaban a un público de 50 millones de personas en un país de poco menos de 90. En la página 11 de su *Annual Report*, la empresa de Azcárraga informó que el Canal 2 alcanzaba a 15 millones de personas o 42% del mercado, Canal 5 llegaba a 14 millones de televidentes o 15% de la audiencia total; Canal 4 era visto por 12 millones de personas o 9% del auditorio; y el Canal 9 captaba a nueve millones de espectadores o 12% de la audiencia.<sup>32</sup>

Al alcance mediático que tenía Televisa, se sumó a finales de 1993 el de Televisión Azteca, estableciendo así un duopolio televisivo. Entre ambas empresas acaparaban 97% de las 465 concesiones de televisión: 66% para el negocio de Azcárraga y 31% para el de Salinas Pliego, accionista mayoritario de la nueva televisora. En 2002, siete de cada diez televidentes nacionales prefería a Televisa y sólo alrededor de 20% se inclinaba más por los canales de tv Azteca.<sup>33</sup>

Las cifras anteriores ponen en claro el enorme alcance mediático que había logrado la televisión mexicana al finalizar el siglo xx. No obstante, se inscribían en un contexto: 35 millones de mexicanos no habían concluido la educación básica, según declaraciones de Miguel Limón, secretario de Educación Pública, para el diario *La Jornada*, fechadas el 23 de febrero de 1996. Este hecho reforzaba la tesis de numerosos intelectuales que apunta a Televisa como uno de los factores más influyentes en el empobrecimiento cultural de la sociedad mexicana. Uno de estos intelectuales, Federico Campbell, expuso su tesis del siguiente modo:

una sociedad electronizada es así mucho más gobernable y manipulable que una sociedad alfabetizada. La masa razona menos si no lee. Por ello la propaganda es más eficaz a través de los medios electrónicos, que han promovido una especie de analfabetismo progresivo que aleja al público de la cultura gráfica [...] Es decir, que ahuyentan a la gente de los libros, retrotrayéndola a su original e infantil analfabetismo.<sup>34</sup>

32 Toussaint, op.cit., p. 116.

33 Jenaro Villamil. *La televisión que nos gobierna*. México: Grijalbo, 2005, p. 52.

34 Citado en Tousaint, op.cit., p. 118.

Así que en una sociedad cada vez más alejada de la lectura y con un sistema escolar en progresiva declinación,

los medios se han convertido en la principal red cultural y educativa capaz de cambiar, con mayor capacidad y agilidad, las cosmovisiones, los valores, las actitudes, los hábitos y las conductas de los receptores. Es decir, los medios se han transformado en los principales mediadores culturales, a través de los cuales se articula ideológicamente a nuestra sociedad, convirtiéndose en las principales instituciones organizadoras colectivas de la historia y la vida moderna de México.<sup>35</sup>

35 Javier Esteinou Madrid. *Videopolítica, videoescándalos y la sucesión presidencial citado en Varios autores. La cultura del espectáculo y el escándalo: los medios en la sociedad actual.* Culiacán: Universidad Autónoma de Sinaloa, 2007, p. 73.

36 Jenaro Villamil. *La televisión que nos gobierna. Modelo y estructura desde sus orígenes.* México: Grijalbo, 2005, p. 52.

37 *Ibid.*, p. 53.

Jenaro Villamil, analiza de manera más específica la acciones mediáticas de la televisión mexicana, acusa que, además de subinformar, su principal objetivo ha sido vender. “Su función educativa (en la etapa pre-neoliberal) fue nula salvo modelos apoyados por el Estado como la telesecundaria, que con los años fue abandonada por la tecnocracia política”.<sup>36</sup>

Producto y reflejo del modelo político autoritario del régimen priista, la televisión mexicana nunca se planteó como uno de sus objetivos promover los valores de la democracia (la diferencia, la diversidad, la crítica, la tolerancia, la limitación del poder, la libertad de expresión y de creación, etc.). Por el contrario, se promovieron los valores de la sumisión del poder establecido. Desinformando, la televisión ayudó a crear y mantener el consenso autoritario que legitimó a los gobiernos priistas y permitió a la televisión ser el instrumento de propaganda más favorable al régimen.<sup>37</sup>

Una vez instalado el neoliberalismo en México, la televisión modificó su relación con el Estado, acrecentó su poder político, y extendió y profundizó su presencia cultural. La gran crisis financiera de 1981, escribe Villamil,

rompió el pacto de sumisión de los concesionarios –con fuertes intereses financieros– con el gobierno de José López Portillo y con el modelo de desarrollo estabilizador. Después de los sismos de 1985 mostraron una fuerte televisión privada con un peligroso poder de denuncia, al tiempo que exhibió a un gobierno federal desbordado por los ciudadanos.

El desgaste político y simbólico del Estado coincidía con la profundización de una cultura consumista en la sociedad mexicana, que era alentada principalmente por la televisión. El duopolio conformado por tv Azteca y Televisa estableció una nueva relación con el Estado y con los consumidores. A través del consumismo se reforzó una identidad nacional que dejaba atrás a la identidad basada en el nacionalismo de los valores patrios.

Un pasaje claro del distanciamiento simbólico de los ciudadanos mexicanos del poder político dominante se expresó durante la inauguración del Campeonato Mundial de Fútbol de 1986 en el Estadio Azteca, tal y como lo narra limpiamente el periodista Antonio Marimón:

Quién sabe por qué causas ciertas cosas bellas suelen acabar con uno o varios discursos. Esta calamidad sucedió también en la inauguración de la XIII Copa Mundial de Fútbol. Primero fue abucheado Guillermo Cañedo (presidente de la Federación Mexicana de Fútbol) cuando tomó el micrófono [...] pero el ulular reprobatorio tampoco dejó oír en el estadio la breve alocución del Presidente (Miguel de la Madrid) [...] ¿Silbaba el público masivo y anónimo –de clase media y alta– a este Presidente, o a la memoria de un sistema y un partido que son harto responsables en el desencadenamiento de la crisis económica? ¿Ululaban a un individuo a una institución?<sup>38</sup>

Otra crónica, la del escritor José Agustín, más colorida y directa, recuerda que

El sábado 31 de mayo, desde las seis de la mañana ya había aficionados en el Estadio Azteca que se encontraron con un despliegue de tanques y

38 Antonio Marimón. *Último tango en Buenos Aires*, Diego. México: Cal y Arena, 1999, p. 126.

soldados dentro y fuera del estadio [...] a las diez de la mañana el público abarrotaba el estadio y no paraban las porras "¡Mé-xi-co, Mé-xi-co!". A las once y media de la mañana un locutor anunció la llegada del señor presidente don Miguel de la Madrid Hurtado y entonces se inició una rechifla que agarró tal vuelo que acabó combinada con una gran "ola" de todo el público. El locutor, impertérrito, avisó que venían los honores de ordenanza al presidente, lo cual ameritó otra rechifla, más fuerte que la anterior. De la Madrid, con una sonrisita nerviosa, alzó una mano, con la que creció la rechifla y se empezó a escuchar, cada vez más fuerte, que le gritaban "¡culeeeero, culeeeero!"<sup>39</sup>

39 Agustín, op.cit., p. 103.

Juan Villoro, el escritor mexicano que más páginas y talento le ha entregado a los fanáticos del fútbol y, a la buena escritura, finos apuntes sobre este deporte, escribió sobre ese mismo pasaje, coincidiendo con otros observadores e investigadores que señalan 1985 como el año que vio el nacimiento a la sociedad civil mexicana:

Como comprobó Elías Canetti, los estadios abarrotados acrecientan y desbordan las posibilidades de la masa. Pero esto no siempre tiene un sentido negativo; la inconfundible multitud puede descubrir una voz propia y una conciencia crítica al reconocerse en forma espontánea como una fuerza circular. Fue lo que ocurrió en México en la inauguración del Mundial de 1986, en el estadio Azteca. Un año antes, el presidente Miguel de la Madrid había sido incapaz de enfrentar la contingencia del terremoto en el Distrito Federal. Se negó a recibir ayuda del exterior y aportó muy poco para solucionar la catástrofe. El pueblo se volcó a las calles y reordenó las piezas de una ciudad rota, rebasando con muchos los esfuerzos oficiales. Esa misma gente encaró al mandatario en el estadio Azteca y lo recibió con una sonora rechifla. No es exagerado decir que ahí nació una sociedad civil consciente de su poder, que emprendería la larga marcha para derrocar al PRI catorce años después.<sup>40</sup>

40 Juan Villoro. *Los once de la tribu*. México: Punto de Lectura, 2005, p. 29.

Si los ciudadanos comunes empezaron a distanciarse del sistema político, creando sus organizaciones autónomas, empresarios poderosos, como el propietario de Televisa, también percibieron el deterioro del poder presidencial y de su partido.

Fue así que Azacárraga Milmo pasó de ser “un soldado del presidente”, como él mismo lo dijo en una entrevista periodística, a ser un poder que negocia, vende e impone su agenda al Estado a través de su control de la imagen televisiva. A partir de esos años, los poderes se invirtieron:

los concesionarios no sólo presionan y obtienen del poder político multimillonarias transferencias, sino que los substituyen como poder fáctico. Es el poder mediático el que somete sin excepción, sin reglas, sin frenos, sin sanciones por sus excesos u omisiones [...] En la vida cotidiana el poder mediático de los monopolios informativos substituye a la política y éstos se transforman en los representantes de la voz y opinión de la sociedad.<sup>41</sup>

41 Toussaint, op.cit., p. 79.

En México, el poder mediático quizá sea superior que en otras sociedades debido al predominio casi absoluto del que goza el duopolio televisivo para establecer la agenda nacional, aunque esto no resta que en gran parte del mundo suceda un proceso similar. Estudiosos europeos, canadienses, estadounidenses, asiáticos y sudamericanos hablan de contextos semejantes.

Como sucede casi siempre en las investigaciones científicas, fueron los europeos y estadounidenses los primeros en teorizar el papel de los medios de comunicación electrónicos en las construcciones identitarias del mundo contemporáneo.

Tim Edensor, recuperando la tesis de Benedict Anderson sobre la importancia que tuvieron el libro y los periódicos en la creación de las identidades nacionales en Europa y América, amplía el análisis cuando sostiene que en las sociedades contemporáneas “Los medios masivos de comunicación han probado ser la vía más importante para diseminar las represen-

42 Edensor, op. cit., p. 141.

43 Michael Billig. "El nacionalismo banal y la reproducción de la identidad nacional". *Revista Mexicana de Sociología*. México, vol. 60, núm. 1, enero-marzo de 1998, pp. 37-57.

44 Ibid., p. 51.

taciones de la nación".<sup>42</sup> Pero estas representaciones de la nación no son, salvo excepciones, las que representan al Estado sino las que pertenecen a lo que Michael Billig llama "el nacionalismo banal",<sup>43</sup> es decir, aquellas vivencias y acciones de la vida cotidiana, próximas y familiares a los individuos, en donde los medios de comunicación descargan su diaria y poderosa influencia. Dice este autor británico:

No sólo las banderas se ondean rutinariamente para transmitir el nacionalismo en el mundo contemporáneo. Hay recordatorios cotidianos en la prensa y en los medios electrónicos que hacen a aparecer a la nación como algo habitual y reproducen el espacio de la vida diaria como un espacio de la tierra natal. En consecuencia, la tierra natal nacional no sólo se habita, sino que psicológicamente se "hace hábito" o se vuelve habitual. Esto se puede observar en algunos aspectos familiares de la vida cotidiana.<sup>44</sup>

En el México de los años treinta y cuarenta del siglo pasado, en un país con millones de analfabetas, a pesar de la creación de la Secretaría de Educación Pública y la Escuela Normal de Maestros, la radio y el cine, más que los libros y los periódicos, fueron los vehículos que transmitieron los nuevos referentes nacionales. Sobre este pasaje de la historia mexicana, escribió Enrique Florescano:

las corrientes artísticas y culturales que hasta entonces habían mantenido un perfil local o regional, pasan a ser manifestaciones nacionales, se propagan por todo el territorio y son reconocidas como lo típicamente mexicano. La radio y el cine, los nuevos medios, son los promotores de esta formidable uniformización del sentimiento nacional.<sup>45</sup>

45 Florescano, op. cit., p. 384.

Si el cine y la radio desempeñaron un papel central en la conformación del imaginario nacional que propuso el Estado surgido de la revolución de 1910, a partir de la década de los años cincuenta y, sobre todo, desde 1968,

cuando se iniciaron las transmisiones simultáneas, “en vivo y en directo” como decía el eslogan comercial, la televisión ocupó el lugar central en la elaboración cotidiana de las representaciones nacionales. En este contexto, sucede lo que Foster observa también en las sociedades europeas de esos mismos años: “la cultura nacional material ha sido subsumida de un movimiento político ritual a uno comercial ritual, donde el mercado más que el Estado ha pasado a ser la referencia clave de la identidad nacional”.<sup>46</sup>

Dentro de este movimiento comercial que ha subsumido al movimiento político y cívico, el deporte es la expresión cultural más popular y poderosa en la exaltación de las formas contemporáneas de identidad nacional y patriotismo más intensos. En la actualidad sólo las guerras civiles o internacionales pueden provocar mayor sentimiento patriótico.

El deporte –sostiene Edensor– de manera creciente se coloca en la matriz mediática de la vida nacional. Se ha institucionalizado en las escuelas, se representa ampliamente como el anfitrión de diversas formas culturales y es una práctica diaria para millones de sujetos nacionales. Este contexto cotidiano y espectacular proporciona una de las vías más populares en el cual se desliza la identidad nacional.<sup>47</sup>

46 Citado en Edensor, *op. cit.*, p. 77.

47 *Ibid.*, p. 78.

El deporte, y sobre todo el fútbol, han cobrado tal relevancia en las sociedades contemporáneas<sup>48</sup> que se llega a decir del segundo que encarna los rasgos más destacados de la identidad nacional, tal como sucede en Brasil, Alemania, Argentina, Uruguay, Italia e Inglaterra, entre otras naciones. Y también se ha dicho con frecuencia que la oncena verdiblanca representa las características menos favorables de la identidad mexicana.

Artículo recibido: 12 de febrero de 2010  
Aceptado: 13 de octubre de 2010

48 Pablo Alabarces. *Cuestión de pelotas*. Buenos Aires: Atuel, 1996; (comp.) *Deporte y Sociedad*. Buenos Aires: Eudeba, 1998; (comp.) *Peligro de gol*. Buenos Aires: CLACSO, 2000; *Fútbol y Patria. El fútbol y las narrativas de la nación en la Argentina*. Buenos Aires: Prometeo, 2002; (comp.) *Futbología*. Buenos Aires: CLACSO, 2003; *Crónicas del aguante*. Buenos Aires: Clave Intelectual, 2004; y varios autores. *Hinchadas*. Buenos Aires: Prometeo, 2006; y María Graciela Rodríguez. *Resistencias y mediaciones*. Buenos Aires: Paidós, 2008.